

EL CASCABEL

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

DIRECTOR-PROPIETARIO MANUEL JORRETO Y FANIAGUA.—ADMINISTRACION, CALLE MAYOR, 123, MADRID.



UN GOLPE DE VIENTO.

MADRID: 1877.—AÑO XVI. NÚM. 1028.

SUMARIO.

TEXTO: La Maldita vanidad, Carlos Frontaura.—Las tres hermanas, Jesús Cencillo.—Tipos populares: Periquito entre ellas, A. Trueba.—La Coqueta, José F. Sanmartín Aguirre.—Madrugal, M. Martos Rubio.—El monasterio de Yuste, Tomás Bernal y Lozano.—Tintas simpáticas, F. C.—Obras recibidas.—Teatros.—Anuncios.

LA MALDITA VANIDAD.

(CONTINUACION.)

»En París he sabido que todos los individuos de mi familia, que maldito lo que se acordó nunca de mí, del pobre Perico, tan tonto y tan feo, han muerto, incluso mi primo, que era para mí el más simpático de mis parientes, y siempre me demostró afecto, sin duda porque había bastante analogía en nuestros caracteres. Solamente queda la viuda de mi primo, de quien ya he dicho que tengo los mejores informes. Sé que es V. una dama discreta, amable, bondadosa, bella, distinguida, y mi anhelo es merecer la amistad de V.; será la única que pueda tener en Madrid, porque después de veinte años, ¿qué amigo no me habrá olvidado ya?...

»Tengo asegurado un mediano pasar, y quiero descansar de mis andanzas y aventuras, vivir tranquilamente en mi patria, y esperar con la filosofía que me caracteriza la hora de emprender el viaje á un mundo mejor que el que he recorrido.

»¿Seré tan dichoso, al regresar á mi país, que halle en V. una amiga, una hermana á quien consagrar mi afecto franco, sincero, desinteresado? Siendo ciertas, como sin duda lo son, las noticias que tengo del noble carácter de V., espero confiadamente que no me negará el favor de su amistad.

»Dentro de poco estará en Madrid, si Dios quiere, y tendrá el gusto de ponerse á los pies de V. su primo—*Perico*.»

—Hay una *postdata* que dice:

«Ignoro si vive V. en la misma casa donde nació y vivió siempre el difunto marqués; pero allá dirijo la carta, suponiendo que allí sabrán

su habitación, y si no, supongo que sabrán en Correos dónde vive persona tan notable y distinguida en la buena sociedad.»

—¿Qué te parece?... preguntó la marquesa á su sobrina.

—Es singular...

—Lo dicho, hija mía; vamos de asombro en asombro.

—¿Quién será ese hombre?

—El lo dice bien claro: mi primo Perico.

—¿Y no será todo eso una superchería?

—No, porque ya te digo que mi marido tuvo en efecto un primo de ese nombre.

—¡Ay! Estoy deseando que llegue pasado mañana y salgamos de dudas.

—Mi primo Perico, dijo la marquesa sonriendo, no dice cuándo viene; pero se infiere que vendrá pronto.

—Debe ser hombre de buen humor.

—Pronto le conoceremos. Yo estoy muerta de curiosidad.

—Y yo de angustia.

—Todavía puede que mañana recibamos alguna nueva sorpresa.

—Fernando no me dice á qué hora llegará.

—Llegará en el tren de Zaragoza; pero no creo que pienses salir á esperarle.

—¿No le parece á V. bien?

—De ningún modo. Le esperaremos en casa. Si vienen él y mi primo Perico el mismo día, ¡cuánto vamos á tener que hablar!

IX.

¡Al fin!

Ha llegado el suspirado día señalado por Fernando para su regreso.

Magdalena está levantada desde muy temprano, y sin dificultad me creerán mis lectoras que no ha dormido la noche anterior.

Todavía viste luto por su padre, pero se ha peinado con gran esmero, y se ha mirado al espejo muchas veces, como si no estuviese muy segura del amor de Fernando; lo probable es que no está muy segura del suyo.

Más que el amor le ha desvelado aquella noche la idea de que Fernando es el dichoso dueño de todas las riquezas que se encierran

en la encantadora mansion levantada como por encanto enfrente de sus balcones.

A las ocho de la mañana, Magdalena y su tia, que están en el balcon respirando el aire fresco y agradable de la mañana, y sin quitar ojo del palacio de enfrente, ven abrirse la gran puerta y salir por ella la bonita berlina que dias ántes vieron entrar.

En la berlina sólo van el lacayo y el cochero, que dirige los caballos por la calle de Segovia abajo.

Tia y sobrina siguen con la vista al carruaje, que sale al campo y tuerce hácia la derecha.

—Ese coche va á la estacion del Norte, dice Magdalena. ¡Dios mio! ¡qué impaciencia!

—Pero, observa la marquesa, Fernando debe venir á la estacion del Mediodía, puesto que viene de Barcelona.

Esta observacion desconcierta á Magdalena.

—Tambien puede venir por el Norte.

—Sí, pero dando una vuelta enorme...

—Dios sabe si habrá tenido necesidad de darla...

—Es verdad.

Magdalena no puede dominar su impaciencia y su angustia.

La marquesa y ella callan, y miran alternativamente á un lado y á otro de la calle, y á la casa de enfrente, cuyo portal ha quedado abierto, y en la puerta, como esperando á alguien, están dos hombres altos, flacos, colorados, rubios, dos ingleses, sin duda, vestidos de negro, que indudablemente son dos servidores del dueño de la casa.

Los balcones de esta se hallan abiertos, y se ve que en los salones todo está en orden, todo limpio y reluciente.

Otro hombre vestido de negro, como los del portal, sale á uno de los balcones y deja caer la preciosa y elegante cortina-persiana de caoba, y despues va haciendo la misma operacion en todos los balcones.

La marquesa rompe el silencio, diciendo:

—No hay duda, el dueño de esa casa llega hoy, va á llegar ahora.

—¡Oh! sí, hoy llega.

—¿Será Fernando?...

—Tia, no me atrevo á contestar: yo tambien pregunto: ¿Será Fernando?...

Pero ya vuelve la berlina por la calle de Segovia arriba.

En un segundo suben la cuesta las briosas yeguas y se detienen delante de la puerta de la casa misteriosa. Antes de que el lacayo baje del pescante, abre la portezuela del carruaje la persona que viene dentro, y salta á la acera.

No es Fernando.

Es un caballero como de cuarenta años, gordo, no muy alto, con traje de camino.

Habla con el lacayo un momento; éste vuelve á subir al pescante, y el coche torna á bajar por la calle de Segovia; pero en lugar de volver hácia la derecha, cuando sale al campo, tuerce á la izquierda.

El caballero gordo habla con los criados que están en el portal, y luego echa á andar hácia la escalera principal del palacio.

—¡No es Fernando! ha dicho Magdalena, retirándose del balcon. Síguela su tia, y la ve caer en un sofá, llorando.

—Pero, hija mia, ¿á qué viene eso?...

—No puedo más; tia, déjeme V. llorar.

—Pero, ¿qué tienes?...

—No sé, no sé, quiero llorar.

—Hoy que vas á ver á Fernando...

—¡Ah! ¡Fernando!... Ya está visto, he sido una niña, me he forjado una historia de venturas y grandezas, y todo ha sido un sueño, una ilusion.

—¡Pobre Magdalena! No te apenes todavía; porque Fernando no sea el dueño de esa casa, no hay razon para desesperarse...

—Todo parecia indicar un plan combinado por él para sorprenderme... ¿No lo creia usted misma?

—Sí, te confieso que llegué á creer algo de lo que tú creias; pero no habia fundamento sério para ello. Toda esa historia la hemos fundado en una frase de una carta suya, y tu imaginacion y tu deseo han hecho lo demas.

—Tiene V. razon, tia, tiene V. razon; pero déieme V. llorar mi sueño desvanecido.

La marquesa vuelve al balcon á tiempo que aparece en uno de los de la casa de enfrente el caballero que llegó há poco en el coche.

Es bastante feo.

El vecino está mirando á la calle, luego mira hácia el campo, y por último, mira enfrente, y al ver á la marquesa en el balcon, se cala los lentes para verla mejor.

Parece el vecino bastante descarado, y la marquesa, que le ve sin mirarle, como ven muchas veces las mujeres, advierte que se sonrie, y sigue mirándola con impertinente insistencia.

—Pues lo que es ese no es inglés, piensa la marquesa, sino español y muy español. Y ya es cuarenton el condenado.

El vecino ha cambiado el sombrero de viaje por un gorro de terciopelo bordado de oro, de bastante mal gusto, por cierto.

—No hay duda, piensa la marquesa; ese es el Creso á quien pertenece esa casa. Y el maldito no cesa de mirarme. ¡Buena fuera que hiciera yo la conquista de ese prójimo!... ¡Oh! y en cuanto á la edad allá nos iremos. Mira, hijo, mira, que si crees que me voy á ruborizar por eso, te llevas chasco. ¡Y con qué gracia tiene ladeado el gorrito!... El podrá ser todo lo rico que quiera; pero tambien me parece que ha de ser un pájaro de cuenta, un tunante de siete suelas. Nada, no deja de mirarme... No lo extraño; si, como parece, viene del extranjero, el hombre tendria gana de ver una española.

Por la calle arriba sube otra vez el coche.

La marquesa entra en la sala, y dice á Magdalena:

—Magdalena, el coche vuelve.

Magdalena se acerca al balcon, y desde detras de su tia mira.

El coche entra en el portal, se detiene un momento, y baja de él una persona, pero la marquesa y Magdalena no pueden verla lo suficiente para conocerla.

El del gorro, que estaba en el balcon, desaparece; sin duda va á recibir al reciénvenido.

Magdalena, pálida, triste, llena de confusion, queda allí junto al balcon, con la vista fija en el suelo, como quien ha perdido algo.

Mira, le dice de pronto la marquesa.

Magdalena mira, y ve en el balcon de la casa de enfrente á Fernando, al mismísimo Fernando.

Este la ve, y grita:

—¡Magdalena!...

Y esta exclama:

—¡Fernando!...

Y en su rostro brilla radiante la alegría.

Un momento despues, Fernando entra en la casa de la marquesa, y Magdalena sale á recibirle.

Fernando estrecha con efusion y profundamente conmovido la mano de Magdalena.

Esta no sabe qué decir, no acierta á hablar.

Fernando saluda á la marquesa, y sin poder reprimir su emocion, le suplica le dispense que no haya podido contener su deseo de ver á Magdalena, y haya olvidado que esta se halla en casa ajena.

La marquesa, con su amabilidad acostumbrada, le dice unas frases bondadosas, manifestándole el placer que tiene en recibirle.

Y por las mejillas de Fernando corren dos lágrimas que ennoblecen más y más la severa, la noble fisonomía del jóven.

—Señora, V. dispense, dice; estas lágrimas las debe mi profunda gratitud al padre de Magdalena, á mi generoso protector.

Magdalena baja los ojos; ella no se habia acordado de su pobre padre en aquel momento.

Las nobles palabras de Fernando han sido para ella una leccion severa.

X.

El gran desengaño.

Fernando es un jóven de noble y distinguida figura: en su franca fisonomía se revelan todas las notables prendas de su carácter: en él es el rostro espejo del alma.

Es uno de esos hombres que nunca tienen enemigos, que jamás descubren una mala passion, que son incapaces de accion alguna que no sea noble y elevada; un hombre, en fin, de un carácter poco frecuente en esta sociedad perturbada y podrida por todas las malas pasiones y todos los vicios más ruines.

(*Se continuará.*)

C. FRONTAURA.

LAS TRES HERMANAS.

(CUENTO FANTÁSTICO:)

I.

Berta, Lutgarda y Blanca, eran tres hermanas huérfanas, hermosas como la aurora, blancas como la nieve y rubias como el oro.

Profesábanse un cariño sin límites, por lo cual, en los alrededores del pueblo en que moraban, sólo se las conocía por el nombre de *la Trinidad*.—Veinte años tenía la mayor, y sucesivamente uno ménos cada cual de las otras dos.

Las tres eran bondadosas y caritativas en extremo.

Su herencia, que se componía de unos cuantos centenares de florines y algunas productivas tierras, era bastante á que pudiera atender holgadamente á su subsistencia la bella Trinidad.

Ventajosos partidos habíanse presentado á las tres hermanas, pero ellas, por no separarse, todos los rehusaron.

Mas ¡ay! que la felicidad nunca es duradera!

II.

Un dia Blanca, la más jóven de las tres, se hallaba sentada junto al fuego, mirando distraida las cenizas que los encendidos carbones dejaban al apagarse.

Los últimos reflejos de la lumbre, que iba extinguiéndose por momentos, daban á la estancia un triste fantástico y sombrío.

Y Blanca vió con asombro cruzar pausadamente por delante de ella una figura alta, pálida y descarnada.

—¿Sabes quién soy?—le dijo con lúgubre acento.

—No—contestó la niña;—pero aparta, porque tu aliento me hiela, y me espantan las siniestras llamaradas que despiden tus ojos, brillando de un modo horrible.—Huye, déjame.

—¡Ah, no! Ni la sombra de tu madre, ni el mundo entero, bastarian á alejarme de aquí.

—¿Quién eres, pues, que de tal poder haces alarde?

—Soy... quien á su paso va sembrando por doquiera el luto y la desolacion.—Mira.

Y mostró á la atónita Blanca una cajita de cristal, en la que habia encerrados dos objetos que brillaban como resplandecientes diamantes.

—¿Qué piedras son esas que tanto brillan?—le interrogó.

—Los ojos de tu hermana Lutgarda.

—¿Qué dices! ¿Los ojos de mi hermana?

—Sí. Movido de compasion los he arrancado de sus órbitas, para que no se le secasen en fuerza de verter tantas y tan abrasadoras lágrimas.

—¡Llorar! ¿Qué misterio encierran tus palabras?

—Lo que te afirmo es la verdad. Berta acaba de morir, y Lutgarda la seguirá muy en breve.

—¡Ah! corro en su busca.

—Prueba á levantarte, y tu intento será vano.

Y en efecto, la pobre Blanca luchaba inútilmente por desprenderse de su asiento: parecia que estaba enclavada á él.

—Condenada estás, añadió el fantasma, á no ver á tus hermanas, vivas ó muertas, en el término de un mes.

—¡Ay de mí! ¿Quién eres, que así tan impiamente derramas en el corazon la emponzoñada hiel de la amargura?

—Soy... ¡*La Muerte!*—Si quieres seguir á tus hermanas por el camino de las tinieblas, podrás verificarlo cuando el anillo de Oscar haya trocado en blanco su intenso color de fuego.

—¿Y en dónde está ese anillo?

—Aquí.—Tómale, y adios.

Y al acabar de pronunciar estas palabras, el fantasma desapareció de súbito, dejando en manos de la aturdida Blanca el anillo de Oscar.

A los pocos dias comenzó á perder su primitivo brillo, hasta que al fin quedóse enteramente blanco.

III.

La infeliz Blanca se sentia morir, acosada por el más agudo dolor,

Vió pasar por delante de ella un lúgubre cortejo, en medio del cual iba una enlutada carroza con dos ataúdes y rodeada de pálidos fantasmas que entonaban cánticos funerales.

Quiso gritar, y no pudo: habíasele quedado la voz helada en la garganta.

Logró por fin levantarse de su asiento, con ánimo de seguir la fúnebre comitiva; pero con gran sorpresa vió que todo había desaparecido, quedando envuelta la estancia en las más densas tinieblas...

Sólo despues de un largo rato pudo distinguir á su izquierda un punto luminoso.

Dirigióse hácia él, y se encontró con un venerable anciano que por una bóveda calcárea se paseaba pensativo.

Su barba era tan larga, que le llegaba hasta la mitad del pecho.

A sus costados tenia una guadaña y un reloj de arena.

Aspero, frio é impasible, dijo á Blanca:

—¿Qué buscas en la mansion del *Tiempo*?

—Busco á la luz de mis ojos, á la vida de mi vida.

—¿Y quién es la luz de tus ojos y la vida de tu vida?—replicóla el viejo.

—Mis hermanas Berta y Lutgarda.

—¿Tanto las amas?

—¡Qué si las amo! Pregunta al viento por los lastimeros gemidos que lleva entre sus alas, y él te dirá que son los *ayes* de dolor que continuamente se escapan del amargado pecho de la desventurada Blanca.

—Pues bien; si tanto amor las profesas, lo que puedo hacer en tu obsequio es dejarte pasar á la mansion de las *Parcas*, en donde podrás ver si entre los hilos que tejen se encuentran las de la vida de tus hermanas. Si allí no están, no los busques en el pueblo, porque se habrán desvanecido como el humo.—Entra.

Con afan miró Blanca los vitales hilos que entre sus dedos recorrian las *Parcas*; pero, aunque escrupulosamente los examinó, no pudo distinguir los de Berta y Lutgarda.

—Y bien, la interrogó el *Tiempo*,—¿qué has visto?

—Nada; exclamó la infeliz Blanca sollozando.

—Espera aún. Vas á subir á la última region,

en donde tal vez encuentres á tus hermanas.—
¡Pegaso!

A este grito del *Tiempo*, acudió un hermoso caballo blanco, arrogante y alado.

Mira, niña de las trenzas de oro; monta en él, que ningun daño recibirás.—Te presentarás ante el *Orígen*, que es el rey de estos dominios, y él quizá te indique el paradero de las que buscas tan afanosa.

IV.

¡Hála! ¡Hála! caballo blanco, ¡hála! ¡corre, vuela!—decia Blanca, atravesando el aire con la rapidez de una saeta.

Y ¡cosa rara! á sus piés no se veia ni tierra ni agua, ¡sólo tinieblas! Por arriba todo se hallaba iluminado por una claridad vivísima.

Por fin Blanca se encontró delante de una diamantina puerta.

Millares de estrellas brillaban á su alrededor con mágicos resplandores.

Una hechicera *Hada* acudió á la jóven con solicitud, y, dando muestras de alegría, la acarició tiernamente.—Espera, la dijo;—sé quién eres, y voy á presentarte ante el *Orígen*.

Y atravesaron varios encantados parajes, hasta que por fin llegaron á una magnífica estancia, en la cual, sentado sobre un resplandeciente trono, habia un anciano más grave aún y majestuoso que el *Tiempo*.

Apenas lo divisó Blanca, corrió presurosa á arrodillarse á sus plantas.

—Señor...

—No prosigas, exclamó el *Orígen* interrumpiéndola;—sé lo que te conduce á este sitio. ¿Qué quieres? ¿la muerte aquí con tus hermanas, ó la vida allá abajo?

—¡Oh! ¡la muerte!

—Pues bien; vuelve la cabeza: ahí la tienes.

.....
.....
.....

V.

Blanca, Berta y Lutgarda jamás se habian separado en vida, y no quisieron tampoco que las desuniera la fatal guadaña de la muerte; y así, poco despues de los sucesos que acabamos

de narrar, condolidos los habitantes del pueblo de N..., dieron piadosa sepultura á los cadáveres de las tres hermanas más queridas del mundo.

JESÚS CENCILLO.

* * *

TIPOS POPULARES.

PERIQUITO ENTRE ELLAS.

I.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez...

¡Anda! ¡Las diez de la noche y aún está ese Lucifer de Periquito en... Dios sabe, Dios sabe donde estará él! ¡Si me ha de matar este hijo, si no le puedo traer á mandamiento, si rabia por las muchachas, si es de la misma piel del diablo! Pero hay le tenemos. ¿Quién? —Abra usted, madre.

—¿Que te abra?

En canal debiera ser.

¡Qué horitas de recogerse!

Hijo, te portas muy bien.

¡Como hay Dios, te ha aprovechado el sermonecito de ayer!

¡Ah! ¡Si viera estos desórdenes tu padre que en gloria esté!

—Mi padre cuando era jóven... sería jóven tambien.

—Calla, condenado; calla, y no me hagas más perder la paciencia. Cuarenta años casada estuve con él, y nunca se recogió despues del anochecer.

A la oracion, á casita; á cenar, poco despues; tras de la cena, el rosario, y á la camita á las diez.

—Pues es claro, los casados tienen en casa su aquél,

y uno tiene que buscárselas donde Dios le dá á entender, —¡Hijo, eres incorregible! Habrás estado tambien esta noche de cortejo, ¿No es verdad?

—Pues ya se vé que he estado.

—Por las muchachas en presidio te has de ver.

—Si hay muchachas en presidio, bien haya el presidio amen.

—Hijo, sienta esa cabeza.

—Madre, no se canse usted; *contra veneno, triaca, agua fresca, cuando hay sed, para las sardinas, vino, para el hombre, la mujer.*

II.

—¿Dónde has estado anoche?

—¿Esta noche? Diré á usted: primero, á ver á la Pepa, luego, á ver á la Isabel, despues, á ver á la Antonia, despues, á ver á la Inés, despues, á ver...

Al demontre que cargue contigo, amen. Dios me perdone que sois capaces de hacer perder la paciencia á un santo.

—Madre; para contentarla á usted, traigo aquí un moscatelillo que está diciendo: bebed.

—Anda, zalamero, anda, que al cabo siempre has de hacer tu gusto. Cenemos, hijo.

—Pruebe usted el moscastel para hacer boca.

—Clan, clan...

—¿Qué tal?

—¡Un almíbar es! ¡Calla! ¿Tenemos sardinas? aquí del cantar aquél: *para las sardinas, vino...*

HISTÓRICO.—EXACCION PERRUNA.



Cierto alcalde ha publicado el siguiente bando:

«Los perros que dejasen de satisfacer el impuesto de 10 pesetas al año, serán expulsados de mis dominios.»
La separacion de sus tiernos amantes, produce en las señoras perras una tristeza inconsolable.

PENSAMIENTO DE OTRO ALCALDE.



—Señor alcalde, ¿podré contar con que el pueblo apoyará mi candidatura?

—Amigo mio: para evitar disturbios entre estos pacíficos vecinos, hemos convenido hacer un diputado de este árbol. Mr. Cascabel, que hace hablar á un monigote de carton, hará que este tronco defienda nuestros intereses con más calor que usted, cuyo *metal* de voz aún no le conocemos.

Ande usted, madre, ande usted,
otro trago.

—Clan, clan, clan...

¡Es dulce como la miel!

—Muchas noches le traeria;
pero si no puede ser
venir á casa temprano
yendo tan lejos por él.

—Si no vienes á las nueve,
anda, vendrás á las diez...

De las cosas regulares
yo nunca me apartaré.

—Si siempre está usted gruñendo.

—¡Gruño porque no está bien
que un jóven como Dios manda,
toda la noche se esté

por ahí haciendo carocas
y mimos, Dios sabe á quién!

—A unas chicas más saladas
que estas sardinas... La Inés
tiene unos ojos... ¡qué ojos!

la Isabel un pié... ¡qué pié!

la Antonia un pelo... ¡qué pelo!

la Pepa, un aquél... ¡qué aquél!

—¡Calla, condenado, calla!

—Madre, no se canse usted,
*para las sardinas, vino,
para el hombre, la mujer.*

III.

¡Mal año para tus coplas
y tus muchachas también!
¡Se me va á volver veneno
lo que acabo de beber!

—*Contra veneno, triaca,
y si no la hay, moscatel,
Arriba, madre.*

—Clan, clan,

clan, clan... Este lucifer
de chico me va á achispar...

¡Bendito sea Noé!

¡Cómo me engatusa este hijo
con sus dedadas de miel!

¡Vaya, si es lo más gitano
que ha nacido de mujer!

Ya se vé, así las muchachas
se prevarican por él.

—¡Cá! ¿Por mí prevaricarse

las muchachas? Yo soy quien
me prevarico por ellas,
y aún así no puedo hacer
que me quieran.

—¿Es posible?

¡Qué escucho, Dios de Israel!

¿Con que no te quieren?

—¡Cá!

—Las tontas, las... Mire usted,
las mocosas... las... Sin duda
buscarán algun marqués.

Con un canto en los hocicos
se dieran porque una vez
las miraras tú á la cara...

—Pues las he mirado cien
y no se dan.

—Vanidosas,

que no tienen sobre qué
caerse muertas, ni valen
dos cuartos, ni hartas se ven...

—¿Pero qué está usted ahí hablando
si no las conoce usted?

—¿En dónde encontrarán ellas
otro más hombre de bien,
ni más guapo, ni más hábil
que mi chico aunque me esté
mal el decirlo? Envíalas
todas noramala.

—Eso es,

y luego andaré por ahí
hecho un tonto, sin saber
con quién juntarme.

—¿No tienes

amigos?

Pues ya se vé

que los tengo; pero... madre,
pan con pan no sabe bien.

Entre faldas he nacido
y entre faldas moriré,
con que así no hay que cansarse...

—¡Ah, maldito de cocer!
tú me has de quitar la vida...

—Madre, no se canse usted,
*para las sardinas, vino,
para el hombre, la mujer.*

IV.

—Madre, otro trago.

—¡Tú estás

empecatado! ¿No ves
que he bebido cinco ya?
—Con uno más serán seis.
Sobre chispa más ó menos...
—Pues venga no creas es
desprecio... Clan, clan, clan, clan...
¡Cómo se deja beber
el pícaro! ¡Y que se sube
á la cabeza!

—Ande usted,
que estando la cama cerca
la chispa no es de temer.
—¡Calla! ¿Ha parido la gata?
—¿La gata?
—Sí. ¿Para qué
has encendido otra vela?
—(Ya hizo efecto el moscatel).
Toma, para que usted vaya
á acostarse.

—Pues me iré,
Conque... buenas noches, hijo.
—Madre, que usted duerma bien...
¿Qué es eso?

—Es... que he tropezado
con... esta infame pared.
—Pues señor, ¡viva la Pepa,
y vivan también la Inés,
y la Joaquina, y la Antonia,
y la Petra, y la Isabel,
y la... todas las muchachas
por siempre, jamás, amen:
¡Para que yendo esas chicas
al baile de Lavapiés
esta noche, Periquillo
no fuera al baile también!
Ya está roncando la abuela;
y, aunque le arranquen la piel,
se está durmiendo la *turca*
hasta mañana á las diez.
Con que busquemos la llave
y echaremos á correr,
que me voy á divertir
esta noche á tutiplen.
Me muero por las muchachas,
y... ¡qué diablo! es menester
ser uno de pedernal
para no quererlas bien;
porque las muchachas tienen

mucha sal y mucho *aquél*,
y, por más que me prediquen,
yo á la copla me atenderé:
Contra veneno, triaca,
agua fresca, cuando hay sed,
para las sardinas, vino,
para el hombre, la mujer.

ANTONIO DE TRUEBA.

Van ya publicados en EL CASCABEL, reformados, los tipos populares siguientes.

Taravilla, Rafael García Santisteban.—Cardona, Francisco Flores y García.—Lúcas Gomez, Leon Carrillo de Albornoz.—El capitán Araña, Manuel del Palacio.—Ambrosio el de la Carabina y Bernardo el de la espada, Ricardo Blanco Asenjo.—Benito el de los amigos, F. Martinez Pedrosa.—Andana, Ricardo Sepúlveda.—Tello, Manuel de la Revilla.—El licenciado Vidriera, Manuel Ossorio y Bernard.—Villadiego, Eusebio Sierra.—Cata-salsas, Maximino Carrillo de Albornoz.—El Coco, J. F. Sanmartín y Aguirre.—La Viñera, Patrocinio de Biedma.—El Correvedile, Jesús Cencillo.—Cascarabias, Ricardo Becerro.—En el siguiente número irá el Cascaciruelas, de F. Alvarez Uceda.

* * *

LA COQUETA (1).

Voluble cual ligera mariposa
Que va de flor en flor, siempre volando,
Risueña la coqueta anda cruzando
La senda de la vida bulliciosa.

Sin sentir nunca amor vive dichosa,
Corazones amantes conquistando
Que luego, poco á poco, va matando
Con su sonrisa fría y desdeñosa.

Si la vieses, lector, breves instantes
En alguna *soirée*, siempre indecisa,
A los hombres decir frases galantes,

Que amor brindando están, suelta la risa
Que esa mujer sin fé muda de amantes
Lo mismo que quien muda de camisa.

JOSÉ F. SANMARTÍN AGUIRRE.

(1) Este soneto pertenece al libro que, con el título de *Las mujeres en camisa*, va á publicar su conocido autor.

EL MONASTERIO DE YUSTE.

LEYENDA HISTÓRICA.

(Continuacion.)

—Es que ha muerto el Emperador Carlos V? continuó Miguel profundamente sorprendido. ¿Es que ha herido la mano de Dios esa primera gloria de la humanidad? ¿Con que ha desaparecido uno de los primeros prodigios del mundo? ¡Oh! Pavía... Túnez... Durén, sus hijas inmortales, que no oscurecerán los siglos, como no han oscurecido el tiempo todavía el nombre de las hijas inmortales de Epaminondas, Leuctris y Mantinea. Perdonad, padre, mi turbacion; pero tiemblo y vacila mi esperanza, al pensar que España, la Señora del mundo, puede perder con el Emperador toda su gloria y su grandeza.

—Vamos, jóven, consuélate; Carlos V vive aun; su corazon palpita todavía por esta pátria, que ha hecho grande, por este pueblo, que á despecho de Europa, ha llegado á ser omnipotente. El Emperador vive todavía; pero ha muerto para el mundo. Tambien el poder hastía; tambien cansa la gloria, y harto ya de tanta grandeza, que no puede caber en una alma sola, ha abdicado la corona y abandonado el trono para pensar en Dios y buscar en la soledad de un cláustro la paz del corazon y de la conciencia. ¡Oh! La vida y la soberbia humana, son, hijo mio, un bajel que azota el vendaval eternamente, hasta que el faro, dominando el oleaje, descubre al náufrago el camino del puerto que se destaca en lontananza. El náufrago, Miguel, eres tú, la humanidad, el Emperador Carlos V: el faro es Dios: el puerto... vedle allí; azul de dia, tachonado de estrellas por la noche; es el cielo, la casa de Dios, la morada del justo.

—Padre, teneis razon; pero ese faro puede alumbrar en el mundo y en el cláustro, lo mismo cerca del altar, que sentado bajo el dosel de un trono. ¡Oh! no, no: Dios ha herido la razon del Emperador, y ha perturbado su alma, cuando así deja á su pátria, para vestir una co-

gulla, que no ha sido, que no puede ser nunca la última razon de los Reyes.

—¡Oh! tu pátria, Miguel, es su pátria; vuestro pueblo es tambien su pueblo, y ese pueblo y esa pátria han sido eternamente el latido de su corazon, la aspiracion sedienta de su alma. Carlos V no olvidará nunca esta noble tierra de España, señora de dos mundos, donde ha sembrado á torrentes los destellos de su vida, donde en su nombre luchaban los tercios invencibles de Castilla, prodigando su sangre en América y Europa al grito santo de su pátria y de su Rey. Eres jóven todavía, Miguel, y no has aprendido aun que *la fortuna es una cortesana sin entrañas, que halaga al jóven y vuelve la espalda al viejo* (1). En fin, basta ya: Dios lo quiere: estas palabras han sido la enseña de su vida, y deben serlo tambien al terminar su historia. Ea, pues; cada uno á su destino; tú, Miguel, á componer los motes; no olvides que hoy principia tu gloria de poeta: Pablo encontrará aquí, en este libro, todo lo que necesita para pintar los cuarteles en que se han de ostentar los escudos de Carlos V. No olvides ninguno de sus títulos. Rey de España, antes que todo; porque España es la pátria que Dios le ha dado; despues Emperador de Alemania, Rey de las Dos Sicilias, de Jerusalem, de Gibraltar, Córcega y las Indias, Duque de Atenas, de Borgoña y de Brabante, Conde de Rosellon, de Flandes y el Tirol. Juan será digno discípulo de Bautista de Toledo: que vuestra obra sea digna tambien de la festividad que se prepara en el monasterio de Yuste.

El monge se alejó.

Los tres artistas permanecieron un rato pensativos.

Miguel inclinó la cabeza sobre el pecho.

Juan se llevó la mano derecha á la frente.

Pablo devoró las páginas del libro que el hermano Siervo de Dios le habia entregado.

Los tres artistas estaban meditando.

V.

Han trascurrido algunos dias.

Toda la cristiandad se halla conmovida,

(1) Espresiones de Carlos V.

Allí, donde ondea el pabellon del gran pueblo, en cuyos dominios no se ponía jamás el sol, se anuncian con gran pompa y majestad solemnidades fúnebres que recuerdan el *Omnia fuit, et nihil expedit* del Emperador Alejandro Severo.

Las campanas de casi toda la Europa cristiana parecen llamar á juicio con su tañido fúnebre á la humanidad.

Dos mil catafalcos se hallan levantados en España, Alemania, Italia, Roma y los Países Bajos.

Esos dos mil catafalcos han costado sesenta y seis millones de reales.

Sesenta y cuatro mil misas se están celebrando en casi toda la Europa católica, para elevar á Dios un tesoro inmenso de plegarias y oraciones, por una alma que todavía piensa, que todavía se agita despues de haber asustado al mundo.

Parece resucitar el inmenso cadáver del mundo antiguo.

El paganismo rendía tributo á las grandes iniquidades, celebrando apoteosis con aquellas inmundas lupercales que han formado época en la historia, para proclamar la inmortalidad de sus héroes, de sus Reyes, de sus Emperadores.

El cristianismo, desplegando su poder con la litúrgica católica, celebra tambien su apoteosis con cánticos sagrados, que proclaman la inmortalidad de sus Reyes, de sus Emperadores, de sus Pontífices.

Allí se apelaba al pueblo; aquí se apela á Dios.

El paganismo aspiraba á la inmortalidad del hombre; el cristianismo aspira á la inmortalidad del alma.

Roma pagana volvía los ojos á las criptas, donde yacían las cenizas de sus héroes, porque allí estaba el hombre inmortal; Roma, cristiana, no busca nada en la tumba; para encontrar sus héroes eleva los ojos al cielo, porque allí está Dios escribiendo en el gran libro, la inmortalidad de los justos.

Roma, pagana, celebraba los funerales de César, invocando la venganza de los dioses infernales; predicando el exterminio, incendian-

do el pórtico del capitolio, y arrojando á la hoguera el pueblo sus trajes, las matronas sus galas y atavíos, los patricios sus joyeles de oro, los veteranos sus armas, sus brazaletes y sus coronas cívicas.

Roma, cristiana, celebra los funerales de otro César con cánticos sagrados y plegarias santas, cuyo eco esplendoroso se eleva hasta Dios y retumba allá en el cielo.

Es que en la Roma pagana, la muerte era la disolucion, el génio que se extinguía, la luz que se apagaba, el grano de arena que se perdía en la inmensidad, la planta seca y marchita que el torrente arrastra entre sus ondas para que desaparezca en el abismo; es que en la Roma cristiana, la muerte es una confidencia entre lo finito y lo infinito, el génesi de una nueva alianza entre Dios y la humanidad, la escala de Jacob, que une la tierra con el cielo.

.....
La cristiandad, decimos, celebraba la apoteosis religiosa del Emperador Carlos V.

El monasterio de S. Yuste habia dado la voz de alerta á toda la Europa cristiana, para celebrar una gran festividad que simbolizaba la redencion de la mas alta majestad humana.

Un catafalco se levantaba en el centro del templo de la Magdalena.

Tenia la forma de un paralelógramo de diez y seis brazos de longitud y nueve de anchura.

Sobre su cúpula se ostentaba un sarcófago que sostenian dos estatuas.

La una representaba el cielo recibiendo el alma del Emperador.

La otra simbolizaba á España llorando sobre la tumba de Carlos V.

Juan el Asturiano, al dibujar el plano del túmulo, recordó sin duda el carácter grandioso del sepulcro del Pontífice Julio II, bosquejado por Miguel Angel y construido por Bramante á despecho de los Cardenales.

Pablo el Cordobés debió recordar tambien, al comenzar su obra, el túmulo del dux Malipieri pintado por el Tintoretto en San Marcos de Venecia.

Miguel contemplaba orgulloso sus motes y su epitafio, dignos del Emperador Carlos V, dig-

nos tambien de él, cuyo ingénio debia admirar el mundo.

(Se continuará.)

* * *

MADRIGAL.

—

—Quiéreme cual yo te quiero
y no olvides, vida mia,
que tengo un tio banquero;
entiéndelo bien: un tio;
que me nombra su heredero.

—¡Si mi mamá no pusiera
límites á mi albedrío,
á tu amor correspondiera!
mas no quiere que te quiera
hasta que muera tu tio.

M. MARTOS RUBIO.

* * *

TINTAS SIMPÁTICAS.

—

Llámanse así las tintas con que se trazan ó escriben caracteres que sólo se hacen visibles por medio de ciertos agentes físicos ó químicos.

Cuando se escribe sobre un papel blanco con el zumo de limon, con una disolucion de sal amoniaco ó con leche, permanece el escrito sin conocerse, hasta tanto que el papel no se aproxima al calor del fuego de una brasa ó de la llama de una luz.

Si para escribir se emplea una disolucion de cloruro de cobalto, los caracteres se hacen visibles al calor, ya del sol, ya de una brasa, ya de una luz, pudiendo hacérseles desaparecer con solo humedecer ligeramente el papel: y repitiendo alternativamente la exposicion al calor y á la humedad, puede, á voluntad y cuantas veces se quiera, hacérselos visibles ó invisibles.

Escribiendo con una disolucion de cloruro de cobre, los caracteres se hacen visibles y de color amarillo con el calor.

Cuando se emplea una disolucion de nitrato de plata, el escrito aparece á la luz del sol, to-

mando un color pardo tanto más oscuro, cuanto más tiempo esté á la luz; este escrito solo puede borrarse con una disolucion de ioduro ó de cianuro potásico.

Lo escrito con cloruro de oro muy diluido en agua, no puede leerse si no se pone por encima un pincel empapado en otra disolucion de cloruro de estaño, tomando un color de púrpura que desaparece con el agua régia y que vuelve á aparacer de nuevo con el cloruro de estaño.

Si en lugar del cloruro de oro se escribe con una disolucion del sulfato de hierro (caparrosa verde), permanecen los caracteres invisibles hasta que no se pase por encima un pincel mojado en una disolucion de ácido agálico, ó un cocimiento de nuez de agallas, con lo cual toman un color pardo azulado; pero si en vez de la nuez de agallas se usa la disolucion del cianuro amarillo de potasio, entonces el color es de un hermoso azul prusia. Este mismo color se obtiene, si se escribe con el cianuro amarillo, y luego se pasa el pincel con la caparrosa.

Se obtienen letras invisibles que despues aparecen con un precioso color rojo, escribiendo con una disolucion de ioduro potásico primero, y pasando luego el pincel mojado en una disolucion de sublimado corrosivo, ó viceversa.

Solo pueden leerse dentro del agua, los papeles escritos con una disolucion de nitrato de bismuto, ó de nitrato de mercurio, ó de alumbre, ó de ácido nítrico, ó de ácido sulfúrico.

Una disolucion estendida de sulfato de cobre (piedra lipiz) produce una tinta invisible, que aparece con una disolucion de amoniaco, tomando un color azul.

La misma tinta comun descolorada, por medio del ácido nítrico (agua fuerte), ó del ácido sulfúrico (aceite de vitriolo), produce una tinta invisible, que aparece con un color negro si se pasa por lo escrito con ella un pincel mojado en una disolucion de potasa.

Para escribir con estas tintas no deben emplearse plumas metálicas, sino de ave.

F. C.

OBRAS RECIBIDAS.

La Bóveda.—Narración portuguesa de Alejandro Herculano, traducida por M. Ossorio y Bernard. Los nombres del autor y del traductor son las mejores recomendaciones que podríamos hacer de esta interesante obra, que solo por 2 reales se encuentra en todas las principales librerías.

Cuadros y cuentos de la aldea.—Preciosa colección de interesantes escenas que acaban de publicar los conocidos escritores, D. Julian, Peño Carrero y D. Jerónimo Becker, y que se vende en todas las librerías de Madrid y provincias, á 4 y 5 reales respectivamente.

Tratado de Terapéutica, Materia médica y arte de recetar.—Se ha publicado el primer cuaderno de este importante tratado, escrito por el Sr. D. Amalio Gimeno y Cabañas, con arreglo á las más notables obras modernas. Su editor, D. Pascual Aguilar, de Valencia, acaba de ponerle á la venta en todas las librerías, donde se admiten suscripciones á 7 pesetas cada cuaderno.

Se ha publicado el tercer álbum de *Los Perfles*, colección de chispeantes caricaturas que con gran aceptación publican los Sres. Luque y Palacio.

* *

TEATROS.

REAL.—Esta noche vuelve á cantarse *La Favorita*, en que tantos aplausos alcanzan la Sra. Ferni y los Sres. Gayarre, Boccolini y Ordinas.

COMEDIA.—Continúa representándose cada noche con más aceptación, y todas con un lleno completo, la magnífica obra del inspirado poeta D. A. García Gutierrez, *La criolla*, en que ha alcanzado un triunfo tan envidiable la Sra. Alvarez Tubau.

ZARZUELA.—Sigue representándose en este favorecido teatro la ópera cómica *Amapola*, música de Lecoq y traducción de la representada en París con el título de *Marjolaine*. La música de esta obra es graciosa y lijera, y son oídas con placer, mereciendo la repetición de varias piezas musicales, dignas sin duda de oírse y en las que son justamente aplaudidas

las Sras. Franco de Salas y Hordan, y los señores Ferrer, Castilla, Rient y Banquels. La obra ha sido puesta en escena con lujo y esmero, y la concurrencia es brillante y numerosa.

APOLO.—El afortunado Arderius, hasta en Apolo encuentra suerte, donde todas las empresas se han estrellado. *Los infernos de Madrid* le proporcionan todas las noches una entrada completa, en tanto que se esperan las nuevas obras que prepara.

NOVEDADES.—El beneficio de la hermosa é inimitable Miss Leona ha sido un verdadero acontecimiento. El teatro se llenó literalmente de versos, palomas, pájaros y flores, recibiendo la beneficiada multitud de regalos, entre ruidosas salvas de aplausos. Los hermanos Avone y Mr. Cascabel son también muy aplaudidos por sus difíciles ejercicios aquellos, y por sus incomprensibles transformaciones el último.

ESPAÑOL.—Continúa representándose la preciosa comedia de D. Juan Lombía, titulada *El avaro*, en tanto que se prepara el drama trágico del aplaudido autor D. F. Luis de Retes, *Otelo*, escrito en presencia de la célebre obra de W. Shakespeare, en el cual será protagonista el reputado autor D. Antonio Vico.

* *

Solución á la charada del número anterior,

MARAVILLA.

Al logogrifo.

TARIMA.

* *

EL CASCABEL.

Se publica cada quince días un número como el presente.

De vez en cuando, da regalos á sus suscritores.

Solo se admite suscripción por un año, remitiendo 30 rs. al hacerla en libranza, á nombre del Director: número suelto, UN real; atrasado, DOS reales.

MADRID: 1877

Imp. de la V.^a de García y C.^a, á cargo de A. Moreno Conde de Barajas, 1.

ANUNCIOS DEL CASCABEL-PRECIOS CONVENCIONALES.

LA PROPAGANDA ECONÓMICA.

Con este título acaban de fundar una empresa los Sres. Morales y Jorroto, cuyo objeto es el de colocar en todas las principales capitales de España y de Ultramar, cuadros especiales de anuncios, para lo que tienen solicitado el competente privilegio.

En Madrid se establecerán á la mayor brevedad, contando ya con anuncios de las más importantes casas.

Los modelos y tarifas de precios están de manifiesto en la administración, calle de Carretas, 39, entresuelo.

Estos cuadros están llamados á prestar un gran servicio á todas las clases de la sociedad, y sobre todo á los forasteros, pues llevan en la parte superior el plano del barrio, indican el distrito, la parroquia, el juzgado, etc., en que se hallan, enseñando al espectador donde se encuentra todo lo que desee, teatros, periódicos, ferro-carriles, vapores, sociedades, notarios, agentes, abogados, médicos, fondas, casas de huéspedes, de préstamos, de comision, bazares, etc.

En el momento que la empresa establezca en Madrid estos cuadros, serán establecidos en provincias, para lo que, desde luego, admite proposiciones de arriendo, dirigiéndose para tratar de este asunto, al señor D. F. M. Calahorro, Carretas, 39, Madrid.

D. JOSE HELIODORO BERNAT.

En su centro de negocios de Madrid, Infantas, 3, pral. derecha, se ocupa con el mejor éxito de cuantos asuntos públicos se le confien, con la rapidez, eficacia y lealtad que tiene acreditadas. Horas de oficina, de doce á cuatro, y sellos para contestar.

ESPECÍFICOS DEL DR. MORALES.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL.—Acreditado é infalible remedio árabe para curar los padecimientos de la cabeza, del estómago, del vientre, de los nervios, etc., etc.—12 y 20 rs. caja.

PANACEA ANTI-SIFILITICA, ANTI-VENÉREA Y ANTI-HERPÉTICA.—Cura breve y radicalmente la sífilis, el venéreo y las herpes en todas sus formas y períodos.—50 rs. botella.

INYECCION MORALES.—Cura infaliblemente en muy pocos dias, sin más medicamentos, las blenorreas, blenorragias y todo fluio blanco en ambos sexos.—20 rs. frasco de 250 gramos.

POLVOS DEPURATIVOS Y ATEMPERANTES.—Reemplazan ventajosamente á la zarzaparrilla ó cualquier otro refresco. Su empleo, aun en viaje, es sumamente fácil y cómodo.—8 rs. caja con 12 tomas.

PILDORAS TONICO GENITALES.—Muy celebradas para la debilidad de los órganos genitales, impotencia, espermatorrea y esterilidad. Su uso está exento de todo peligro.—30 rs. caja.

Los específicos citados se expenden en las principales farmacias y droguerías de cada nacion.

DEPÓSITO GENERAL:

Dr. MORALES, Carretas, 39, MADRID.

Nota. El Dr. MORALES garantiza el buen éxito de sus específicos, comprobado en infinitos casos de su larga práctica como médico-cirujano, especialista en sífilis, venéreo, esterilidad é impotencia.—Admite CONSULTAS POR ESCRITO, previo envío de 40 reales en letra ó sellos de franqueo.—CARRETAS, 39, MADRID.

MANUAL DE AGUAS, expropiacion y colonias agricolas.

CUARTA EDICION

notablemente corregida y aumentada.

Comprende la exposicion de la doctrina y del derecho civil, foral y administrativo vigente en la materia; toda la legislacion de los tres ramos y la de obras públicas dictada hasta Julio último, con notas y comentarios para su mejor inteligencia, por D. Fermin Abella, Abogado y Director del periódico *El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados municipales.*

Precio: en Madrid, 12 rs.; en provincias, 14 rs; en holandesa, 3 rs. más.

Los pedidos á la Administracion de dicho periódico. Torres, 13, bajo, Madrid.

JARABE DE QUINA FERRUGINOSO IODOBROMUADO.

DEL LIC. DON JACINTO MORENO.

Este jarabe está substituyendo con notabilísima ventaja al aceite de hígado de bacalao, especialmente en la clorosis, anemia, escrófulas, raquitismo, histerismo, etcétera.

Depósitos, Sres. Ulzurum y Angulo.

Se sirven pedidos hechos al autor en Almagro, provincia de Ciudad-Real.

CUENTOS FANTASTICO-MORALES POR

MANUEL JORRETO PANIAGUA.

Está en prensa la 3.^a edición, que contiene 12 cuentos, lujosamente impresos.

Precio 8 rs.

Se admiten pedidos en la Administracion de EL CASCABEL, Madrid, Mayor, 123.

LA EDUCACION.

Librería la más antigua en el ramo de primera enseñanza.

Completo surtido de libros y menaje para escuelas.

Dovocionarios de todos precios y encuadernaciones.

Grandes descuentos en los pedidos por mayor. Pídase catálogo á D. Eugenio Sobrino, Vergara, 10, Madrid.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

CON LA

crónica de la guerra de oriente.

Director propietario, D. ABELARDO DE CARLOS.

Se suscribe á este acreditado periódico, primero en su clase en Europa y América, en la Administracion, calle de Carretas, 12, Madrid.

LAS TIENDAS, por Frontaura.

Seis reales en Madrid y siete en provincias.

CUENTOS DE SALON.

Cuatro reales tomo en toda España.
Suscripcion permanente á obras de lujo.
Devocionarios, cromos, estampas.

Librería de Sanchiz, Matute, 2.

COLECCION LEGISLATIVA DE

FERRO-CARRILES.

Esta interesante obra, que comprende hasta las últimas disposiciones, se vende en todas las librerías al precio de 8 rs., y á los suscritores de EL CASCABEL se les remitirá por 6.

VIAJE ECONÓMICO Á LA EXPOSICION DE PARIS DE 1878.

SOCIEDAD DIEZ Y SEVERINI.

EL CASCABEL sigue admitiendo suscripciones á esta acreditada sociedad, que llevará, traerá y dará de comer quince dias á sus suscritores en París durante la exposicion.

Se envian prospectos á quien los pida.

CHOCOLATES

DE

MATIAS LOPEZ Y LOPEZ.

MADRID-ESCORIAL.

Se venden en los establecimientos más importantes de España, y, á fin de que no los confundan con otros, exigid la verdadera marca y nombre.